

« como lo era esa conjuracion de la *Pólvora*? Puedo asegurar con
« toda verdad que, desde el instante en que abracé mi actual géne-
« ro de vida, no solamente no he deseado, á Dios gracias, la muer-
« te ni el mas ligero daño á quien quiera que sea, sino que qui-
« zás no se lo desearia á mi mas encarnizado enemigo. ¿Cómo,
« pues, habia de pensar en tomar parte en la destruccion repen-
« tina, imprevista y espantosa de tantos y tan encumbrados per-
« sonajes que me merecian el mas profundo respeto? El conde de
« Northampton (Enrique Howard) enseñó mi carta al Soberano,
« quedando este tan satisfecho, que hubiera mandado cesar las
« persecuciones contra mí, si Cecill, impulsado por su propio in-
« terés, no le hubiera indispuerto conmigo mucho mas que lo es-
« taba anteriormente. Persuadido este ministro de que algunos de
« los conjurados maquinaban contra su vida, y sabiendo que la
« mayor parte de ellos me honraban con su amistad, esperaba que,
« teniéndome en su poder, delataria yo á los que le aborrecian.
« Por esta sola razon trató de persuadir al Rey, como una cosa
« evidentemente probada, que yo me hallaba á la cabeza del com-
« plot. — Tal es tambien la pura y sencilla verdad: he ignorado
« completamente todos esos preparativos de la pólvora y la mina;
« he estado y estoy inocente de semejante conjuracion y de cual-
« quiera otra; y por ser así, lo juro y lo afirmo por mi alma y sin
« el menor posible equívoco: de tal manera, que si no corresponde
« la verdad á mis palabras, si he tenido conocimiento alguno del
« complot de que se trata antes de haberse públicamente divulga-
« do, me confieso delante de Dios y de los hombres culpable de
« perjurio; ni pido misericordia en el tribunal de Dios, sino en
« cuanto es verdad que nada he sabido, y es muy probable que no
« tardaré mucho en presentarme ante aquel tribunal supremo,
« atendido á lo muy avanzado de mi edad. »

Entre un sacerdote que se defiende de este modo estando á las
puertas del sepulcro, y unos magistrados que recurren á una im-
postura legal para apoyar la iniquidad, al menos debe sernos per-
mitida la duda; y la duda nacida de un proceder tan artificiosa-
mente urdido, es el colmo del oprobio, que sale á la faz de los
ministros y legistas anglicanos.

Afiliáronse al mismo tiempo en el complot dos hermanos de los
conjurados, llamados Cristóbal Wright y Roberto Winter, dán-
dose en seguida principio al trabajo subterráneo; operacion tra-

bajosa á la verdad, porque filtrándose por la mina el agua del
Támesis, los exponia á cada paso á mil peligros de toda especie.
A fuerza de perseverancia consiguieron llegar hasta los cimien-
tos de Westminster; y cuando lograron atravesar el muro, que te-
nia sesenta y cuatro pulgadas de espesor, empezó á simplificarse
su plan. Habiendo descubierto por la senda un subterráneo abo-
vedado que conducia hasta debajo la cámara de los Lores; Faw-
kes, que pasaba la plaza de criado de Percy, tomó de su cuenta
este subterráneo, llenándolo en seguida de una gran cantidad de
carbon y muebles; y á fines de abril de 1605 se hallaban deposi-
tados en ella treinta y siete barriles de pólvora, mas de lo que se
necesitaria para volar una montaña.

Mientras se disponia todo para la ejecucion, Catesby, que se
ocupaba en reclutar cómplices, después de haber calculado toda
la extension de su obra y de haber tenido presente todos sus por-
menores, quiso metodizar su conjunto. Era indispensable apo-
derarse de los jóvenes príncipes y de su hermana Isabel; tener en
Douvres un buque dispuesto á hacerse á la vela para anunciar en
el continente la revolucion operada, y mucho mas indispensable
todavía el hacerse dueños de una fortaleza del reino para que
sirviese como de punto de reunion para los pueblos. Pero el nú-
mero de los conjurados, que Catesby no pudo hacer llegar sino
á trece, no correspondió á la magnitud de la empresa.

El décimotercio les perdió, y la supersticion anglicana no dejó
de dar importancia á este fatidico guarismo. Sir Everardo Digby,
Tomás Bates, Ambrosio Rookwood, Jonh Grant, Roberto Keys y
Francisco Tresham, nobles, ricos y considerados todos, se com-
prometieron á secundar á Catesby: contaba este con el dinero ne-
cesario y la discrecion de sus amigos; y mientras que por un la-
do se ocupaba en alentar las quejas que provocaban las medidas
de Jacobo, se hizo por otro el instigador de la insurreccion, y la
predicó en todas las reuniones católicas. Echando de ver que los
Jesuitas no solo no se prestaban á coadyuvar sus designios, sino
que, aun sin hallarse al corriente de ellos, se oponian á su mar-
cha, exhortando su rebaño á la paciencia, les declaró una de
esas guerras sordas, cuya clave solo pueden tener esos hombres
que han participado de alguna trama política. Hé aquí lo que es-
cribia el P. Garnett en 8 de mayo de 1605: « Aquí hay ahora po-
« cos católicos que no estén en la desesperacion: por casualidad

« ha llegado á mis oídos la noticia de que algunos de ellos se que-
« ján amargamente de que los Jesuitas no secundan sus planes, y
« que les impiden el procurarse la libertad por la fuerza. ¿ Cuá-
« les serán sus pensamientos? ¿ Qué es lo que proyectan? No me
« atrevo á investigarlo, mucho mas después que el Padre Gene-
« ral nos ha prohibido entrometernos en los asuntos políticos. »

Mas adelante, sintiendo que se iba acumulando la tempestad sobre sus cabezas, á medida que tomaba incremento la persecucion, Garnett y demás colegas no ocultaban ya sus temores. Si Catesby se cubria con el velo del misterio, hablando reservadamente de esperanzas secretas y del venturoso dia de salud que iba á brillar para la Iglesia; el Jesuita, que trataba de preservar á los Católicos de toda idea de asesinato y anarquía, suplicaba por última vez á la Santa Sede, que amenazase con su anatema á los que intentasen asociarse á un complot, cualquiera que fuese. Quizás no habia mas que un medio para desviar las calamidades que, segun Garnett, amagaban el horizonte de la Gran Bretaña: el Gobierno hubiera debido formarse una especie de escudo de una sabia tolerancia; pero aquel no temia dejarse arrebatar de la cólera, como si hubiera querido precipitar la catástrofe. Los enemigos de la fe católica y de los Jesuitas, que estaban en el poder, enviaban á la tortura ó á la muerte á los fieles cuya ruina habian ya causado los edictos de Jacobo Estuart, mientras que los prelados anglicanos se enriquecian con sus despojos, y mientras que la codicia apoyaba el fanatismo de secta.

Estos dos móviles suscitaban en los corazones adictos á la comunión romana una fermentación de descontento y de insubordinación, que unos ministros sensatos hubieran debido sufocar. Pero estaban tan léjos de esto, que antes por el contrario, fingiendo el conde de Northampton desconocer el estado de los ánimos, escribia en el mes de julio de 1605 lo siguiente: « Nuestro « bondadoso Monarca prohíbe derramar la sangre de los Católicos, « con tal que en sus doctrinas ó en sus hechos no se advierta ten- « dencia alguna á las conspiraciones ó traiciones; pero siempre « que no cumplan con su deber, es el ánimo del Rey que sean « compelidos en justicia, que paguen las contribuciones con mas « exactitud de lo que lo han hecho en tiempo de la reina difunta; « y esto no es decir que yo piense que ninguno de ellos haya que-

¹ Carta de Northampton, Winwood, II, 93.

« dado ni quede desapercibido desde antes de la fiesta de san Mi-
« guel, y que sepan además que están sujetos á las censuras y ex-
« comuniones de la Iglesia, así como á todas las demás penalida-
« des que anteriormente no sufrían. »

Los Jesuitas, á pesar de su ascendiente sobre los Católicos, en vista de tantas miserias, no podían conservar sobre cada individuo una influencia que no ejercía el mismo Pontífice. Hablaban de longanimidad á unos soldados endurecidos en los peligros, de resignación á unas almas ulceradas, y de gloriosas abnegaciones á unos caracteres de hierro amoldados á las empresas desesperadas por las luchas europeas y los infortunios de su patria. Catesby y sus amigos creyeron que semejantes exhortaciones no tenían otro objeto que el de enervar su valor, y sojuzgarlos al protestantismo. Verdad es que tuvieron lugar algunas explicaciones entre los conjurados y el P. Garnett; pero solo sirvieron para que Catesby le acusase de cobardía, y de que cuando él aspiraba á exasperar, los Jesuitas solo tendían á calmar. El mismo Garnett justificaba esta irritación, dando parte de sus temores al General de la Compañía, con fecha de 24 de julio de 1605: « Todos los « católicos ingleses, decia, no se prestan á las órdenes del Papa, « y aun en vida del mismo Clemente VIII hubo algunos que osa- « ron preguntar, si tenia el Pontífice potestad para prohibirles la « defensa de su propia vida, añadiendo sin rodeos, que se guar- « darán muy bien de participar sus ideas á los sacerdotes, y se « quejan muy particularmente de nosotros porque nos oponemos « á sus maquinaciones. »

Mas Catesby, que solo veía peligros en la perspicacia de los Jesuitas, creyó disminuirlos revelando su complot bajo el sigilo sacramental. Se dirigió al P. Oswald Texmund, llamado en Inglaterra el P. Greenwell, quien sorprendido y horrorizado, trató de disuadirle de semejante proyecto; pero Catesby no era hombre que con tanta facilidad se dejase convencer. Las instancias del P. Oswald en nada cambiaron su resolución; únicamente logró que le autorizase para consultar con el P. Garnett, aunque siempre bajo el sigilo sacramental. Texmund (y esta es una falta que le hicieron cometer las dificultades de la posición, y aun la inmensidad misma del atentado), Texmund comunicó á Garnett el crimen, de que era confidente involuntario, y Garnett, á quien su dulzura habia valido el sobrenombre de la Oveja, conoció que

su sentencia de muerte dependia de esta hora fatal; pues aunque conoció que el conspirador habia discurrido el mejor de todos los medios para condenarle al silencio, no le quedó otro recurso que el de resignarse.

Bajo la administracion de hombres tales como Cecill, hecho ya conde de Salisbury, y de lord Northampton, Garnett, cuyo carácter y talentos veneraban los Católicos, no podia menos de ser incluido en las persecuciones; porque nunca faltan sugetos que saben con un arte péfido mezclar en los complots á los inocentes, cuya virtud y probidad les infunde temor. En cualquiera estado de causa, el Jesuita hubiera sido declarado cómplice de Catesby. Era peligroso; y ¿qué mas pruebas necesitaban Cecill y Northampton? pero la confesion de Catesby le colocaba en una posicion todavía mas embarazosa. No se le ocultaba lo horroroso de su posicion, y estaba persuádido de que los Anglicanos sabrian aprovecharse de las apariencias, para hacer responsables con razon ó sin ella á todos los católicos ingleses, así como á la Santa Sede y á la Compañía de Jesús. Garnett conocia bien, que argüir acerca del sigilo sacramental en presencia de los apóstatas de la segunda generacion, quienes no habian podido por sí mismos hacer la experiencia de este elocuente misterio de la discrecion sacerdotal, seria mirado como un subterfugio. El mismo Isaac Casaubon, aquel gran maestro del indiferentismo en materia de religion, no hubiera cedido á semejante sofisma¹. Todas las peripecias que se podian originar de tan cruel revelacion, se ofrecieron sucesivamente á su espíritu; y dando orden á Texmund para que no perdonase medio hasta disuadir á Catesby de sus planes parricidas, trató de buscar una ocasion para verle y conversar con él.

Pocos meses antes el Padre habia decidido á Catesby á enviar á Roma á sir Edmundo Baynham, para informar al Pontífice del estado deplorable de los Católicos; y aunque Catesby no era su oráculo ni su jefe natural, como se ostentaba siempre el mas intrépido, y se dejaba ver sin cesar sobre la brecha, era tambien el único á quien con mas razon debian dirigirse si trataban de adormecer la desesperacion de los demás. Al formar Garnett esta embajada de concierto con el conspirador, pensó que recordán-

¹ *Epistola Isaac Casaubon, ad Front. Ducaen., fol. 108. Fabula illa, dice, ficta est de Greemwelli confessione.*

dole los motivos que les habian inspirado á ambos, se veria precisado á retardar la explosion de la mina; pero por mas que rogó y suplicó, no pudo vencer su obstinacion. Como conspirador sagaz, fingió Catesby adoptar las buenas intenciones del Jesuita, con el fin de paralizarlas mejor, prometiendo no emprender cosa alguna antes de conocer los resultados de la mision de Baynham. Tranquilo entonces el P. Garnett, pudo escribir al General: «El «negocio de los Católicos está seguro, á Dios gracias; no creo «traten de moverse hasta saber la contestacion de Roma.»

Aproximábase la apertura del Parlamento: los conjurados, que habian tomado ya sus medidas, evitaban el encontrarse con los Jesuitas, y en particular con el P. Garnett; cuando hé aquí que Tresham, cuyos bienes habian estado siempre á disposicion de los conspiradores, solicita de estos que se le avise del peligro á su cuñado lord Monteagle. Catesby empezó á concebir sospechas; vaciló un instante, y al fin le autorizó para escribirle. Esta version, adoptada por los escritores protestantes, nos parece á la verdad poco digna de crédito; tanto porque Tresham y demás cómplices tenian otros mil medios para impedir que lord Monteagle asistiese á la sesion real, como porque unos conspiradores que escriben, y que por un sentimiento de amistad comprometen su porvenir, no tienen traza de verdaderos conspiradores. Imposible parece tambien de todo punto que hubiese exigido Tresham semejante condicion, y mucho mas imposible que Catesby se la hubiese otorgado. Exaltado por naturaleza, aunque fecundo en meticulosas precauciones, desconfiaba Catesby, á pesar de todo su catolicismo, hasta de la discrecion de los dos Jesuitas que poseian su secreto bajo el sigilo de confesion; Catesby, á la primera palabra de Tresham le hubiera muerto, y no seria la primera vez que los partidos extremos han sabido deshacerse de los que les hacen sombra. Repetimos que semejante version es de todo punto imposible.

Parécenos mas probable que Tresham, dotado de un carácter reservado y voluble, poseedor de una gran fortuna, y amigo de muchos altos dignatarios de la corona, solo habia ingresado en el complot con mucha repugnancia. Cuando llegó el momento de la explosion, temió mezclar su nombre con un atentado que iba á inundar de sangre su patria, y de vergüenza á la Iglesia católica de Inglaterra: reveló la conspiracion á Roberto Cecill, el

cual, dotado de todas las duplicidades de un cortesano y de todos los recursos de un hombre de Estado, dueño ya del secreto de los conjurados, trazóse desde luego el papel que debía representar en aquella tragedia, cuyo desenlace tenia en su mano. Hizo escribir á lord Monteagle el siguiente anónimo:

«Milord, las relaciones de amistad que me unen con algunos de vuestros amigos me impelen á interesarme por vos. Si apreciáis vuestra vida, os suplico que busqueis alguna excusa para dejar de asistir al Parlamento, porque Dios ha tratado de concurrir con los hombres para castigar la impiedad de este siglo. No desprecieis el aviso que se os da; retiraos cuanto antes á vuestra provincia, donde podeis aguardar los efectos de este suceso sin aventurar nada de vuestra parte; y aunque no aparezca exteriormente movimiento alguno, no por eso deo de daros este consejo. El Parlamento va á ser castigado con un golpe terrible, y no verá la mano que le hiere: guardaos bien de despreciar este aviso, que puede seros útil, y no puede perjudicaros. El peligro pasará en menos tiempo que podeis gastar en quemar esta carta. Espero que con el auxilio de Dios, á quien suplico que os proteja, haréis un buen uso de este aviso.»

Monteagle era católico, y conocia además las disposiciones hostiles de algunos de sus correligionarios, y mas afortunado que Garnett y Texmund, podia sin faltar á un deber de conciencia poner al Gobierno de sus perseguidores al corriente de una conspiracion urdida contra él. La carta estaba sin firma, y el que la habia dejado á la puerta de su palacio era tambien un desconocido; pero como entraba en un círculo de ideas que se hacian tanto mas peligrosas cuanto mayor era la exasperacion de algunos católicos, se decidió á comunicar este anónimo al secretario de Estado. Estos sucesos ocurrían en 28 de octubre de 1605: la carta fue presentada en el Consejo de los ministros, quienes, inspirados por Cecill, no quisieron comprender su sentido enigmático, y resolvieron someterla al exámen del Monarca, como efectivamente lo hicieron en 1.º de noviembre al regresar Jacobo de Risthon. Este Rey estaba dotado, segun decían sus cortesanos, del don de la perspicacia, á mas de poseer una extraordinaria sagacidad para descifrar las cosas mas oscuras¹; mientras que Jacobo, á quien no habia costado trabajo el persuadirse á sí mismo que era pro-

¹ *Historia universal*, por de Thou, libro CXXXV, tomo XIV, pág. 521.

tegido por el Espiritu Santo, y que un rayo de luz profética le iluminaba en los dias de crisis, tomó la carta, la leyó, profundizó su contenido, la comentó á su manera, y secundándole la destreza de Cecill en las tinieblas de la denuncia, llegó á conjeturar que se trataba de una mina y de un complot urdido contra la seguridad de sus dias. Verdad es que Cecill conocia toda la trama, aunque ignoraba el nombre de sus agentes, que Tresham habia rehusado divulgar; pero sabia ya lo bastante para frustrar el atentado. Y como hábil cortesano que quiere lisonjear la vanidosa debilidad de su príncipe, se guardó muy bien de orientar á sus colegas, y preparó al Rey un triunfo de amor propio. Casaubon, el arzobispo anglicano Abbot, y todos los historiadores protestantes que rechazan con todo el calor de su inteligencia la inspiracion otorgada por Dios á algunas almas privilegiadas, se esforzaron, no obstante, en vida de Jacobo, á realzar en él esta circunstancia, encomiándola como uno de los mas asombrosos milagros del real taumaturgo. El mismo Jacobo, en su discurso de apertura del Parlamento, pronunciado en 9 de noviembre², y en sus obras publicadas por el obispo Montagne, se atribuye el mérito de haber descubierto sin ayuda de nadie el misterio que ocultaba la carta dirigida á Monteagle; pero Cecill en su correspondencia, es mas franco que lo habia sido en su conducta. «Am-bos, dice², (habla del conde de Suffolk y de sí mismo), ambos concebimos la idea de que esta tentativa no podia efectuarse «no siendo por medio de la pólvora, y que esto seria mientras «que el Rey ocuparia su asiento en la asamblea, lo cual el lord «sumiller tuvo por mas fácil, por cuanto no se le ocultaba la existencia de una hasta bodega por bajo de la Cámara, y acordamos no iniciar al Monarca en el secreto, hasta tres ó cuatro dias «antes de la apertura de las Cámaras.»

En tanto que Jacobo era el juguete de un drama representado en honor de su dignidad de profeta, sin que lo echase de ver siquiera, los Protestantes de la Gran Bretaña, que se hallaban interesados en ostentar el dedo de Dios preservando á la iglesia anglicana de todo peligro, aceptaron el hecho tal como Cecill oficialmente se lo referia. Tresham, sin embargo, no trataba de alucinarse; habia hecho traicion á sus amigos, y después de haber

¹ *Diario de los Lores*, II, 358.

² Winwood, II, 171.

salvado al Rey y á las dos Cámaras, vió que le restaba un deber que cumplir. Previno, pues, á Catesby y á sus cómplices, que el Gobierno se hallaba instruido de todo, y que no les quedaba otro medio de salvacion, que el de apelar á la fuga. Pero estas revelaciones, á las cuales les costó mucho dar crédito, no bastaron á detenerlos en la ejecucion de su crimen. Persuadidos de que Tresham inventaba lo que no era sino realidad, acordaron unánimes que Percy y Winter se colocarian á la cabeza del movimiento de Londres, mientras que Catesby y Juan Wright dirigirian el que debia estallar en el condado de Warwick. Estos últimos efectivamente partieron, quedándose Fawkes para pegar fuego á la mina.

El 5 de noviembre, dia fijado para la sesion real, sir Tomás Knevet, corregidor de Londres, baja al amanecer á la bodega designada por Cecill, donde, acompañado de la fuerza armada, descubre los barriles de pólvora, y se apodera de Fawkes, sobre el cual se encuentran tres mechas y una linternilla encendida. Convocóse al momento el Consejo de ministros, presidido por el Rey; comparece el conspirador, le interrogan, oculta su nombre y el de sus cómplices, y descubre todo su plan, declarando que la naturaleza y la piedad cristiana le daban un derecho para deshacerse de un príncipe hereje que no era su Rey, porque no podia ser el ungido del Señor ¹. Si su teología no pasaba de ser la teología de un soldado, puesta á la órden del dia por los Puritanos, partidarios de Jacobo Estuart; su valor no se desmintió tampoco, puesto que ni le intimidaron las amenazas, ni pudieron seducirle las promesas. Habíase transformado en otro Mucio Scaevola, segun la expresion del mismo Jacobo ², y esperó la muerte sin palidecer. Pregúntale un escocés, miembro del Consejo de Estado, que con qué objeto habia reunido tan enorme cantidad de pólvora: «Para hacer volar á los mendigos de Escocia hácia las montañas de su patria,» contesta bruscamente el conspirador. Jacobo habia mandado que le aplicasen primero á la tortura menos terrible, y que fuesen ascendiendo por grados hasta la muerte ³; pero Fawkes toleró con resignacion y valor todos estos diferen-

¹ *Crónica de Juan Stow, con el suplemento de Howes, fol. 879, col. 2.^a (edic. de 1631).*

² *Obras de Jacobo I, edit. Howell, II, 201.*

³ *Instrucciones de Jacobo, núm. 6, en la oficina de los archivos del Estado.*

tes suplicios; y si al fin reveló su nombre y el de los conjurados, fue porque supo que todos ellos acababan de tomar las armas.

Mas el descubrimiento de semejante complot era un hecho de inmensas consecuencias para los Anglicanos, pues les daba un derecho para confundir en la misma acusacion á los inocentes y culpables, á los Soberanos de Europa y á los Jesuitas, al Pontífice y á los Católicos de los tres reinos. Así es que los Puritanos aprovecharon con avidéz la ocasion que se les ofrecia, y excitaron al pueblo al asesinato, ultrajando en sus cátedras, al monarca español, al soberano Pontífice, al archiduque Alberto, y á los Jesuitas y á los irlandeses; llegando á tal extremo la irritacion, y tomando un carácter de ferocidad tan particular, que podia muy bien acarrear los resultados mas funestos. Conociólo así Jacobo, y el 7 de noviembre publicó un decreto en el que aseguraba constarle de la fidelidad de los Católicos, á excepcion del corto número de los conjurados: «Porque los Católicos, decia, de-
«testan este execrable complot, y no hay uno solo que no se halle
«dispuesto á derramar hasta la última gota de sangre en defensa
«de su rey.» «En cuanto á los príncipes extranjeros, continuaba
«Jacobo, solo los hombres malintencionados pudieran sospechar-
«los de haber tomado parte en esta horrenda conspiracion.»

El edicto del Rey aparecia fijado en las esquinas de la capital el dia 7 de noviembre, y á la mañana siguiente empeñaron los conjurados su primero y último combate: veinte y cuatro horas anduvieron errantes por los campos, en número de ciento pocas ó mas, violentando las caballerizas, apoderándose de los caballos, y llamando á las armas á los Católicos; pero los Católicos se hacian sordos á su invitacion, no queriendo sancionar un crimen. Desde Dunchurck, á donde les habia citado sir Everardo Digby, pasaron á Holbeach, donde residia Esteban Littleton, uno de sus nuevos afiliados; y habiendo sabido que los shérifs de los condados de Warwick, Worcester y Strafford, trataban de perseguirlos, tomaron el partido de hacerles frente. Ricardo Walsh acudió con tropas de refresco, y les interceptó el único paso que les quedaba abierto.

Hallándose húmeda la pólvora de que se habian provisto, se ocuparon, el viernes 8 de noviembre, en hacerla secar antes del combate, cuando saltó una chispa, é incendiándose, abrasó las manos y rostros de la mayor parte de los conjurados: de manera,